

LA COMUNIDAD HISPANO--CUBANA DEL ATLÁNTICO: UTOPIAS Y REALIDADES

Rodolfo Sarracino

Hace algo más de 30 años, al designarme el MINREX Encargado de Negocios en Nigeria, me propuse investigar, más allá de mis tareas diplomáticas, los rumores del regreso a África en el siglo XIX de familias de libertos que habrían logrado realizar su sueño de regresar a sus tierras de origen. En ese período aproveché mi estancia en Lagos, en aquellos días la capital de ese país, a fin de investigar si esos rumores eran ciertos. Al cabo pude conocer a varias familias de ex esclavos de origen cubano, de las tantas que después supimos habían regresado a África. Fue un hallazgo logrado con gran esfuerzo personal para verificar si la historiografía cubana no había errado al registrar las tradiciones orales que reflejaban esos rumores que el notable investigador Pedro Deschamps Chapeaux daba por verosímiles.

Pero la evidencia faltaba. ¿Dónde podrían hallarse los descendientes de esas familias?; ¿dónde los documentos, los restos, si los hubiere, de una civilización cubana? Suponerlo no resolvía el problema científico derivado de una hipótesis fundamentada sólo en escasas tradiciones orales. Aunque los libertos hubiesen en efecto viajado a África, si las huellas no aparecían, era, para todos los efectos historiográficos, como si esos viajes nunca hubiesen tenido lugar. Al estancamiento de esas investigaciones contribuyó la opinión de Don Fernando Ortiz, uno de los más notables investigadores de la africanía cubana, que las negó vehementemente en su obra *Los negros esclavos* (1).

Siguieron varios años de investigaciones complementarias, en los archivos de Madrid, Londres y La Habana y la publicación de varios artículos. Finalmente, en 1988: el Editorial de Ciencias Sociales de La Habana accedió a publicar nuestra investigación que titulamos *Los que volvieron a Africa* (2), obra en la que se registran documentalmente más de setecientos casos de libertos que lograron la casi imposible proeza de regresar a sus tierras maternas.

Coincidiendo con una nueva misión diplomática, en este caso a Brasil, iniciamos estudios comparativos con las migraciones de libertos brasileños que habían protagonizado hazañas similares, incluso más numerosas. Un aspecto importante en ambas corrientes migratorias es que dejaron la huella de las nacionalidades y

civilizaciones emergentes de Cuba y Brasil en Lagos, Benin, Guinea Ecuatorial y otros puntos de la costa occidental africana. Allí encontramos muestras de la arquitectura colonial cubana, fiestas, santorales, entierros y comidas de las tierras en que se forjaban dos nuevas y pujantes nacionalidades iberoamericanas. Y sobre todo hallamos descendientes de la primera, segunda, tercera, y cuarta generación de los que habían emprendido la hazaña del regreso, con sus nombres hispanos, la lengua española, su afecto espontáneo por Cuba, y hasta la correspondencia entre algunos miembros de familias que regresaron a nuestro país con sus parientes cubanos en la segunda mitad del siglo XIX.

Aquellos hombres y mujeres que habían soñado durante décadas con el regreso a la tierra amada llegaron transformados. En muchos casos habían abrazado el catolicismo. Construyeron en Lagos iglesias, una gran catedral, residencias, edificios, y carreteras, conocían oficios que la trata había hecho desaparecer en Nigeria. Perpetuaron, en fin, sus hábitos americanos en el vestir, en las comidas, hasta en la música. Convirtieron en moda el aguardiente de caña, el café y el tabaco torcido. No eran, en fin, los mismos y los que los vieron nacer sólo excepcionalmente los reconocían. Muchos se internaron en el continente y permanecieron en Lagos y otros puntos de la costa. Comenzaron a casarse entre sí “cubanos” y “brasileños”, similares en sus hábitos.

En tierras donde casi todo vestigio de habilidades artesanales y artísticas había desaparecido, estos grupos de libertos aplicaron las artes constructivas y artesanales que aprendieron en la dura escuela de la esclavitud. Acumularon capitales e integraron una elite social, y después política, que participó en la lucha por una nueva nacionalidad nigeriana. La vida social en lo que fue la capital de Nigeria, giró durante mucho tiempo en torno de estas familias relativamente acomodadas, cuyos hábitos y costumbres americanos los lagosinos comenzaron a imitar.

Su estilo de vida, sus hábitos, desconocidos en Lagos, el envió a Europa para estudiar a las generaciones posteriores, todo ello contribuyó a convertirlos en un grupo influyente, que graduó abogados y eventualmente se hizo propietario de órganos de prensa con poder suficiente para criticar a los colonialistas ingleses y sentar las bases de una oposición al gobierno colonial que los historiadores nigerianos le atribuyen la formación de una especie de protonacionalismo nigeriano, facilitado por la debilidad o inexistencia de vínculos tribales. Huelga decir que las autoridades coloniales británicas las distinguían y les seguían los pasos con sumo cuidado.

Y en todo este proceso, las familias procedentes de Cuba – y también las de Brasil – en algunos casos mantuvieron por correspondencia sus relaciones con familiares y amigos en Suramérica y Cuba. De hecho, aseguramos la excepcional evidencia de algunos que, nacidos en Cuba y llevados de niños a Lagos, regresaron después a Cuba.

Percibimos la existencia de una comunidad histórica y cultural a ambos lados del Atlántico, independientemente de gobiernos, cuyo germen fueron las poderosas nacionalidades latino-africanas que se formaron en Cuba, las Antillas hispanas y Brasil.

Conviene preguntarnos, al llegar a este punto, qué curso seguimos en nuestras investigaciones. Entre 1988, año de la publicación de nuestra obra *Los que volvieron África*, y 1995, cuando publicamos en la *Revista Casa de las Américas* un artículo titulado *La Comunidad Económica del Atlántico Sur*, realizamos estudios comparativos adicionales. Es lógico preguntarse qué tienen que ver los grupos de repatriados africanos que retornaron a sus tierras natales, con un tema actual de integración económica internacional. En el curso de estas breves líneas, opinaré sobre el alcance de esta relación y algunas de sus implicaciones en el plano económico y político.

Un año después de mi estancia en Lagos comencé a trabajar en nuestro servicio exterior en la Embajada de Cuba en Brasil. Fui invitado a colaborar, durante toda mi estancia, como investigador adjunto del Centro de Estudios Avanzados Multidisciplinarios de la Universidad de Brasilia. Así, durante tres años participé en las labores de investigación y docencia del núcleo del Caribe y América Latina (NECLA) de dicho Centro.

El primer contacto con el ambiente académico de Brasilia tuvo lugar a principios de 1990 en el Centro Cultural de América Latina de la referida universidad, donde, en presencia del Cuerpo Diplomático, presenté la conferencia *Corrientes migratorias de regreso a África*.

La reacción del profesorado evidenció que el tema de las migraciones de regreso a África de Cuba, evidencia del repudio de los libertos a la esclavitud, era del interés de profesores e investigadores brasileños en dicha universidad, y no sólo por su contenido antropológico e histórico.

La primera conferencia en la Universidad de Brasilia, bajo los auspicios del Centro de Estudios Avanzados Multidisciplinarios, la presentamos en abril de 1990. la

titulamos *Corrientes migratorias de regreso a África. Un caso: Cuba*. Recuerdo que fue una noche en extremo laboriosa durante la cual dedicamos mucho tiempo a hacer comprender al catedrático de Historia de África de dicha universidad, irritado porque escuchaba algo sobre África que desconocía, que el fenómeno de las migraciones voluntarias de vuelta a África no era un monopolio brasileño, sino una experiencia compartida con Cuba revolucionaria.

Meses después, en 1991, participé en el V Encuentro de Historiadores de América Latina y el Caribe (ADHILAC) en la Universidad de San Pablo. Fue en esa ocasión que me referí por vez primera, con fines comparativos, a las dos corrientes conocidas de regreso a África. La ponencia para ese evento se tituló *Cuba y Brasil: dos corrientes migratorias de regreso a África*. Este trabajo fue publicado en las memorias de ese evento. La comparación reveló fenómenos migratorios similares en Cuba y Brasil, y a partir de esa investigación confirmamos la impresión, ya referida, del espontáneo desarrollo de una comunidad histórica y cultural a ambos lados del Atlántico.

Poco después nos encontramos nuevamente con el Profesor, Dr. Fernando Albuquerque Mourão, notable investigador y autor especializado en asuntos africanos, entonces Director del Centro de África de dicha universidad. Ya lo había conocido, por cierto, en una Conferencia Internacional sobre el Cono Sur Africano el año anterior, y fue él quien comenzó a colocar el tema de las migraciones en un contexto político contemporáneo.

Y así, cuando participamos en la Conferencia Internacional de la Universidad de San Pablo, *América 92: Raíces y Trayectorias*, ya habían madurado las ideas sobre la existencia de una comunidad Latinoafricana. Sus actores principales habían sido los ex esclavos repatriados de Cuba, del Caribe y del Brasil, portadores, al regresar a África, del germen de dos vigorosas nacionalidades y culturas en formación, diferentes a sus respectivas sociedades europeas y africanas originarias. Por esa razón nuestra presentación la titulamos *Cuba y Brasil: bases históricas y culturales de una Comunidad Latinoafricana del Atlántico*”.

Estos trabajos fueron publicados por las editoras de varias universidades brasileñas. Entre la versión del artículo que fuera presentado por la revista *Casa de las Américas* de agosto de 1989, traducido y dado a conocer por la revista *Estudos Afroasiáticos* del Centro de Estudios Afroasiáticos de la Universidad Candido Mendes, de Rio de Janeiro, bajo el título *Os que voltaram a Africa (4)*; y el artículo “Cuba e Brasil:

bases históricas e Culturais para uma Comunidade Latino-Africana” (5), aparecido en la revista de post grado *Textos de História* de la Universidad de Brasilia. Las ponencias sobre los temas ya mencionados en los eventos internacionales de las universidades de São Paulo y Brasilia aparecieron en sus libros de memorias.

El profesor Fernando Albuquerque Mourão, ya mencionado, había aludido a ciertas implicaciones políticas en la existencia de una comunidad latinoafricana, presupuesto favorable para un proceso de integración de ambos continentes, que nuestros estudios sustentan. Pero, además, esos estudios favorecían la imagen de un Brasil solitario, “de frente a África y de espaldas a América Latina”, como nos informa el Profesor brasileño Elio Jaguaribe, por la compañía de la Cuba revolucionaria. Y fue el notable historiador Monis Bandeira, en La Habana, en 1995, quien le puso nombre a nuestros sueños académicos: *La Comunidad Económica del Atlántico Sur*. Me confió que el Ministro de Relaciones Exteriores brasileño, Luis Felipe Lampreia, ya jubilado hacía varios años, pensaba seriamente en una alternativa integracionista entre la Southern Africa Development Community (SADC) y MERCOSUR. No era un secreto: Lampreia ya había adelantado en la revista *Latin American Report* de la Universidad de Sudáfrica (6), que

Lo que necesitamos saber es cómo podemos desarrollar las relaciones entre Brasil y Sudáfrica, y, una vez logrado esto, extenderlo a MERCOSUR y a SADC [...] Brasil es un actor importante en el escenario internacional y particularmente en su propia región. Lo mismo puede decirse de Sudáfrica, que es claramente el país con los mayores recursos y potencial en África Austral.

De regreso de Brasil, participé en el debate internacional organizado por la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) “La Historiografía cubana a debate”, con mi conferencia “Reflexiones sobre la Historiografía de las migraciones de regreso a África y la Comunidad Latinoafricana del Atlántico”.

Después fui invitado a la Segunda Reunión del Seminario Internacional sobre el Atlántico Sur, organizado por el Colegio de México en 1996. Pero me fue imposible asistir, por lo que nuestra ponencia fue leída por el cro. Luis Mesa, del Centro de Estudios de África y Medio Oriente. La titulamos “Migraciones forzadas y voluntarias: contribución para una Historia del Atlántico Sur”. Se nos informó que el evento publicó esta ponencia, pero nunca llegamos a recibir constancia de ello.

Entre nuestro regreso de Brasil en 1995 y la designación a Zimbabwe, en 1996, supimos que la investigadora británica, Jean Stubbs y Pedro Pérez Sarduy, que conocieron nuestro libro *Los que volvieron a África*, publicaron un capítulo de dicha obra en la Antología por ellos recopilada *Afrocuba (7)*, bajo el título “Back to Africa”.

Ahora bien, Zimbabwe, a pesar de sus problemas económicos, era y creo sigue siendo la segunda economía de SADC, después de Sudáfrica. Y nuestra gestión tuvo una arista académica, que se fundamentó en la condición de Cuba como país observador de SADC, en la comprensión de que la integración económica entre los dos continentes es, no sólo conveniente, sino necesaria para América Latina y África. Estas actividades académicas, en un país geográficamente condicionado para la colaboración en primer lugar con sus vecinos, y, después con Asia, contribuyeron a colocar a la América Latina en un plano potencialmente más favorable. Creo interesante, en este contexto, la decisión del Presidente Robert Mugabe – preocupado por el cerco imperialista - de viajar en 1999, además de Cuba, a Argentina y Brasil. Es claro que también en Zimbabwe publicamos algunos trabajos, siempre con la óptica favorable a la vinculación de África a la América Latina, en la lucha común contra Estados Unidos y sus aliados.

Entre ellos destacamos nuestro artículo “The South Atlantic Economic Community”, en el *Southern Africa Economic Quarterly de Harare*, en su número de junio-julio de 1997. El artículo es un compendio de todo lo estudiado hasta entonces sobre el tema de la existencia de una comunidad cultural latino-africana, en el que enfatizamos que a Cuba, uno de los países latinoamericanos más cercanos a África por la historia, la cultura y las tradiciones comunes, le corresponde “incentivar el interés de los países miembros de SADC para incorporarse inicialmente como observadores”, con el apoyo de otras naciones latinoamericanas y caribeñas, a la Asociación de Estados del Caribe. En esta organización Cuba podía actuar, como posteriormente lo hiciera, como miembro pleno. La asociación se prefiguraba como el cuarto bloque de integración del mundo. Pero las cosas no marcharon bien en la AEC y menos aún en los días que corren, paralizada por el espinoso problema de los intercambios regionales y la contraofensiva derechista en nuestra América.

En el caso más maduro de MERCOSUR, el aporte original de Brasil, las macrocifras ciertamente invitan a la reflexión. La extensión de su territorio que cubren los países miembros de SADC alcanza más de 7.5 millones de kms², casi tres veces la extensión

territorial de la Unión Europea. Unido al de los países miembros de MERCOSUR, el territorio ascendería a más de 29.5 millones de kms², inmensamente rico en recursos minerales y de otra índole, en el que la actual Unión Europea cabría más de diez veces. A esto habría que sumar las riquezas de las masas oceánicas del Atlántico meridional, en buena cuenta inexploradas, incluso aún hoy poco exploradas. Pero hoy todo eso está en duda por las razones que todos conocemos.

En 1994 el agregado de la población de MERCOSUR ascendía aproximadamente a 200 millones de habitantes. Sumada a la de SADC, unos 134 millones, el total conformaría un mercado potencial de 334 millones de consumidores, con un PIB de más de 900,000 millones de USD. Es claro que estos son cálculos formales, que han crecido desde entonces, y que prescinden, por sobradas razones, del análisis de dificultades objetivas, económicas y políticas, que de origen limitan el concepto, pero dan una idea inicial de magnitudes que habrían fundamentado la decisión de Brasil y MERCOSUR de trabajar en el sentido apuntado, sin poder alcanzar los resultados esperados. Se trata en definitiva de una utopía, pero las ilusiones pueden convertirse en realidades a pesar de la tutela imperial de EEUU. Convendría no olvidar las lecciones de Bolívar y Martí, que tanto insistieron en la unidad de nuestra América e instaron, con sus geniales previsiones, a que los países hermanos contribuyesen a cambiar, a favor de los pueblos oprimidos, la correlación de fuerzas entre el mundo de las excolonias latino--africanas hoy bajo el contraataque del imperialismo y sus agentes entreguistas latinoamericanos.

Al finalizar mi presentación de hoy, no quiero dejar pasar la oportunidad de comentar mi alta apreciación de las ponencias que sobre el tema de esta conferencia he escuchado. Han sido todas profundas y bien documentadas. Sólo he echado de menos el requerimiento insoslayable de hurgar en extensión y profundidad el contexto internacional, particularmente el sistema consular de Inglaterra en Cuba. Quiero dejar claro es que las relaciones de la Gran Bretaña y España eran entonces francamente pésimas y las autoridades de ese país se esforzaban en producir una revolución al estilo de Haití en Cuba, con el doble objetivo de garantizar en las Antillas la seguridad de sus propias posesiones imperiales, cercanas a EEUU, que ya se prefiguraba como un peligro potencial para sus intereses internacionales en esa región, cerca de cuyas costas se encontraban las islas que, conjuntamente con Canadá, formaban parte de su propio sistema imperial, de suma importancia en otra posible guerra por sus intereses en nuestro hemisferio.

Años después, poco antes de la Conspiración de la Escalera, período en el que dediqué una investigación sobre *Los que Volvieron a África*, logré acceso a los archivos del Public Record Office del Reino Unido en los que verifiqué el algo grado de intervención de los cónsules británicos en el sistema esclavista español. Pude leer, por ejemplo, las cartas en que libertos recordaban a los cónsules su promesa de ayudarles con armas y otros recursos en su esfuerzo libertario, en momentos en que el gobierno de su Majestad negociaba un acuerdo con España una decisión para facilitar a los libertos en Cuba su regreso voluntario a África, que finalmente tuvo lugar. Recomendando, pues, el mayor esfuerzo para asegurar las fuentes consulares de Inglaterra y Alemania, que no pueden ser olvidadas para completar el cuadro de la conspiración de Aponte.

NOTAS

1. Ortiz, Fernando: Los negros esclavos, La Habana, 1975.
2. Sarracino, Rodolfo: Los que volvieron a África, La Habana, 1988.
- 3.-----, "La comunidad económica del Atlántico Sur", La Habana, revista Casa de las Américas, No. 203, abril-junio de 1996.
4. -----, "Os que voltaram á África", Rio de Janeiro, Estudos Afro-Asiáticos, No. 20, junio de 1991.
5. -----, "Cuba e Brasil: bases históricas e Culturais para uma Comunidade Latino-Africana", Universidade de Brasilia, revista de Post-Grado Textos de História, vol. 1, número 2, noviembre de 1993.
6. Entrevista a Luiz Felipe Lampreia, Ministro de Relaciones Exteriores de Brasil, Pretoria, revista de la Universidad de Sudáfrica, vol.

22, No. 2, 1995.

7. Sarracino, Rodolfo, "Back to África", en Afrocuba, Melbourne-Londres, Ocean Press, 1993.

8. Entrevista al cro. Sam Nujoma, Presidente de Namibia, *The Courier*, No. 153, setiembre-octubre de 1995, p. 32.

9. Entrevista a Frances Rodríguez, Viceministra de Relaciones Exteriores de Mozambique, *Ibíd.*

Ponencia presentada el 18 de noviembre de 2016 en el CENTRO JUAN MARINELLO EN EVENTO SOBRE CARLOS APONTE.